

Historia

JACQUES LAFFITTE-HOUSSAT: TROVADORES Y CORTES DE AMOR. Buenos Aires, EUDEBA, 1963. Traducción de Eugenio Abril.

En los últimos treinta años uno de los temas que más ha captado el interés de los eruditos y filólogos es el amor cortés, que tuvo su origen en el Mediodía de Francia en el siglo XII, estableciendo un modo de mirar el amor que aún perdura en nuestra cosmovisión contemporánea.

El presente libro de Laffitte-Houssat no constituye un gran avance en el estudio de esta apasionante realidad cultural. Plantea, de hecho, dos preguntas, dos enigmas fundamentales: la primera, ¿cómo se originó el amor cortés?, es contestada en forma convencional e insatisfactoria, mostrándose considerablemente atrasado el autor con respecto a la problemática que se refiere al amor que cantaban los trovadores. La segunda pregunta, ¿existieron en realidad las cortes de Amor?, permite al autor desarrollar una labor más encomiable, donde el problema ya no es tan apasionante pero la solución más segura.

La primera pregunta se plantea al comienzo del libro. "¿Cómo en una época en que la ley civil deja a las mujeres en un lugar tan absolutamente inferior y subalterno, se pudo hacer en la literatura la apología de esa mujer, que se convierte así en ídolo adorado por el caballero y el poeta? ¿Cómo en una sociedad donde los lazos de familia son extremadamente fuertes y los derechos del marido indiscutibles, se pudo permitir a las damas reunirse y discutir sobre galantería y consagrar oficialmente algo que es, pese a todo, adulterio?". Laffitte-Houssat, aunque no lo dice, se inspira en la solución sociológica dada por Marc Bloch, en su *Société Féodale* (París, Albin Michel, 1940), quien establece la división entre dos edades feudales: la primera, ruda, bárbarica, dedicada a la guerra y la caza, sin vida familiar, o doméstica, sin un código caballeresco; la segunda, encerrada en los castillos, dedicada a la vida de familia, donde la mujer empezó a tener importancia. Se fueron suavizando las costumbres, ayudado por la Iglesia que quería civilizar a los señores bárbaros feudales.

Dice Bloch, en su Capítulo II, *La Vie Noble*: "Durant la premier âge féodal, ce qu'on avait entendu par le terme de chevalier était, avant tout, tantôt une situation de fait, tantôt un lien de droit, mais purement personnel. On se disait chevalier parce qu'on combattait a cheval, avec l'équipement complet. On se disait le chevalier de quelqu'un lorsque on tenait de ce personnage un fief, qui obligeait a le servir ainsi armé. Or, voici que, maintenant, ni la possession d'un fief, ni le critère, forcément un peu flottant, du genre de vie, ne vont plus suffire a mériter ce nom. Il y faudra, en outre, une sorte de consécration (ceremonie de l'adoubement, ordre de chevalerie). La transformation était accomplie vers le milieu du XII siècle".

Laffitte-Houssat utiliza esta teoría de Bloch íntegramente. "Es un hecho comprobado que la condición de la mujer, por lo menos de la mujer

noble, mejoró sensiblemente a partir del siglo XII. Tal mejora, marcada por la aparición y desarrollo de la Cortesía, se explica por todo un conjunto de circunstancias económicas y sociales que transformaron enteramente la institución de la Caballería. En efecto, a medida que cambiaba el género de vida de los hombres, que las ocupaciones guerreras, menos frecuentes, les dejaban más y más horas de ocio en sus castillos, la vida de las mujeres se transformaba igualmente". Luego agrega: "El agrupamiento de la juventud de ambos sexos en los grandes castillos alrededor de los señores feudales y de las damas de alto linaje, suavizó poco a poco la rudeza en las maneras y dio más gracia y delicadeza a las relaciones sociales, pues las doncellas se educaban en el servicio de las grandes castellanas...". Y después: "La partida quedó definitivamente ganada cuando esas castellanas influyentes consiguieron que los hombres que vivían a su alrededor participaran de sus gustos".

Esta teoría sociológica de los orígenes del amor cortés se repite en el capítulo séptimo, cuando estudia el cambio que se efectuó entre los juglares y los trovadores: "¿Cómo llegaron los trovadores a componer casi exclusivamente poemas de amor, pues éste es el tema, en efecto, de la mayor parte de la poesía provenzal? La razón no es únicamente la influencia del ambiente, del clima o del sol, ni siquiera del temperamento meridional. Debe buscársela más bien en el hecho de que los trovadores tratan de vivir el mayor tiempo posible en el mismo castillo, en la corte de un importante personaje, cuya protección quieren obtener. Ahora bien, la vida de castillo, durante la paz, se lleva con mayor holganza. En un medio donde la ociosidad pone diariamente a la castellana, a sus hijas, a las damas que las rodean, en compañía de hombres jóvenes que no están ocupados en la caza ni en el manejo de las armas, es natural que ellos, si eran poetas, cantaran en sus versos la belleza y las virtudes de las damas".

Pero he aquí el problema: no era en absoluto natural que cantaran a las mujeres, ni que las transformaran en objetos de adoración, ni que divinizaran el secreto y el adulterio, ni que codificaran una actitud que no existía antes del siglo XII. El cambio de la primera edad feudal a la segunda puede explicar el trasfondo que permitió la existencia, la aparición, del amor cortés; pero no puede explicar *la forma que tomó*. Dice Laffitte-Houssat: "El hombre comprendió por instinto que la mujer no podía seguir siendo conquistada por el solo derecho de la fuerza; que, con frecuencia, habría de obtenerla mediante méritos, valorizándose a sí mismo; que debería agradar; que habría de profesar un respeto que abriera las vías del corazón".

Pero esto es falso; se ha tomado la consecuencia del amor cortés (la cortesía, la suavidad en las costumbres, la gentileza), y se le ha considerado como una causa. El autor dice, con una vaguedad muy explicable, que los caballeros sabían "por instinto" que la fuerza ya no servía. ¿Por qué no servía? ¿No sería más bien que el amor cortés es un producto de la época, pero que la época es también producto del amor cortés? El arte

es un producto cultural cuya existencia se debe, sin duda, a condiciones sociales y económicas bien determinadas. Pero el fenómeno estético difícilmente puede explicarse íntegramente desde la superestructura social y económica, que puede establecer las bases sobre las cuales se ha de orientar el arte, pero no la forma *específica*, los contenidos nuevos, irreversibles, que aparecen por primera vez en un momento dado. El amor cortés no podría, digamos, haberse dado en otra época que no fuera la segunda época feudal. Pero hay muchísimos otros factores que influyeron o que pudieron influir en el amor cortés y que, de haber sido eliminados, habrían imposibilitado la existencia de un nuevo tipo de amor. Estas causas, algunas históricas, otras culturales, han sido el fruto de largos estudios: la herejía cátara (según Denis de Rougemont), las fiestas de Mayo (según Gaston Paris), las canciones arábigo-andaluzas (según Menéndez Pidal y Robert Briffault), la influencia de Ovidio (según C. S. Lewis), la teología mística de San Bernardo (según Gilson), la necesidad para Guillermo de Poitiers de establecer un amor humano con características místicas para que las mujeres no entraran a conventos que había fundado un rival suyo (según Bezzola), la relación con la Santa Trinidad (según Davenson), el culto de la virgen María, la influencia de los celtas, etc. Laffitte-Houssat o ignora o pretende ignorar a todos estos autores, cuando se pregunta por los orígenes del amor cortés. Repite, simplemente, la excelente teoría de Bloch sobre el tema, teoría que sin duda contiene una considerable verdad histórica, pero que, en el momento actual, no puede estudiarse aislada de otros factores propuestos por filólogos en los últimos años.

Es en la segunda pregunta donde la obra consigue una base más sólida, aunque la solución que da también se debe a investigaciones de otros: "¿Qué eran, en verdad, esos *juicios de damas* sobre cuestiones de galantería de los que se nos informa? ¿Los casos que se les sometían eran reales o imaginarios? ¿Qué autoridad podían tener *sentencias de amor*, así dictadas por esos singulares tribunales?"

Para contestarla, el autor hace una compacta y documentada historia sobre el descubrimiento de las Cortes de Amor, mostrando cómo, durante siglos, se creyó que estas cortes no habrían existido y que debían su existencia a una leyenda que inventaron varios autores del siglo xvi (Johan de Nostredamus, que publica en 1575, *Vies des plus célèbres et anciens poètes provençaux qui ont fleury du temps de Comtes de Provence*, dando datos que no prueban en absoluto la existencia efectiva de esas cortes) y xviii (Ie grand D'Aussy, que en 1779 teje una serie de ideas fantásticas y falsas sobre estos juicios de amor). Pero con el descubrimiento del *De arte Amandi*, de Andreas Capellanus, en 1817, ya no podía dudarse que tales cortes existieron en realidad, ya que esta obra traía una serie de veintiún fallos dados por damas nobles que tuvieron existencia histórica en los siglos xii y xiii. El problema se traslada a otro plano: ya no se pregunta si existieron o no esas cortes y esos fallos, sino si se referían a seres humanos reales, que acataban sus sentencias o si eran meros juegos de entretenimiento.

Laffitte-Houssat hace un minucioso examen de los diversos autores que han tratado el tema: Raynouard, que cree que eran juicios efectivos; Diez, que rechaza los argumentos de Raynouard ("nada prueba que tales discusiones y fallos fueran otra cosa que simples juegos de sociedad, como los juegos poéticos de los trovadores"); Vallet de Viriville, que apoya la tesis de Diez. Sin embargo, Trojel en 1888, presenta otra posición frente a esto: algunos de los fallos eran meros entretenimientos; pero otros se refieren a casos reales (los fallos números XII, XVI, XVIII, XXI). "De todo esto resulta, concluye Trojel, que por lo menos en el último tercio del siglo XII fue de uso entre amantes, cuando se producían dificultades entre ellos, dirigirse a determinadas señoras demandándoles su fallo en el asunto; que esas señoras veían en ello un honor que se les dispensaba; que, cuando había lugar, éstas convocaban a una asamblea, que examinaba el caso y daba su opinión...".

Pero Gaston Paris, el último de los romanistas citados por el autor, niega esta teoría, estableciendo de una vez por todas la verdad con respecto a las cortes de Amor. Se cita un artículo en el *Journal de Savants* de 1888, que es imposible conseguir y que por lo tanto resulta de un gran valor filológico: "Se sometían a su juicio puntos de doctrina o casos imaginados y ellas daban soluciones que se recogían cuidadosamente; algunas veces, antes de dictar sentencia, consultaban a las damas que las rodeaban y solía suceder, como una vez en Gascuña, que una reunión de damas tomara en conjunto una decisión que recibiera de ellas el nombre solemne de Constitución... Lo que no tiene la menor verosimilitud, por razones que es inútil precisar, es que personas ligadas realmente por una relación ilegítima (en efecto, no se trata de otro amor), hayan sometido alguna vez a juicio de ese género las disensiones surgidas entre ellos". Y concluye Gaston Paris en forma terminante: "Hasta diría yo que una intrusión de esa autoridad, que podría llamarse legal, en las relaciones entre los amantes, hubiera estado directamente contra las ideas más esenciales sobre el amor en el siglo XII. Si, en efecto, tal amor no puede existir en el matrimonio, es porque los amantes se dan todo libremente, voluntariamente. Ahora bien, una mujer a la que una sentencia de amor la obligara a darse a un amante que ella rechazara, habría sido menos libre que la esposa respecto a su marido; y el amante que gozara por ese medio de favores no voluntarios, faltaría con toda seguridad a todas las reglas del amor *honesto*". Además, hay que advertir que su aplicación práctica sería imposible: los nombres de los amantes se mantenían siempre en secreto.

Hay otros tres capítulos en este libro. El VII, "La poesía amorosa de los trovadores", sirve como una introducción superficial a algunas breves obras de esos primeros poetas del amor cortés. Todas las composiciones que cita Laffitte-Houssat, han sido traducidas al castellano en la edición

bilingüe de Martin de Riquer. Hay, sí, una sección dedicada a los *tensiones y juegos-partidas* ("donde el cuestionador impone a su compañero la elección entre dos tesis y se compromete él mismo a defender la que quede libre"), que resulta novedosa e importante.

Otro capítulo se refiere a las obras de Chrétien de Troyes. Aunque resulte importante la inclusión del análisis de *Lancelote, el caballero de la carreta*, hubiera sido de interés que el autor se refiriera a *Yvain, el caballero del león*, que es una obra tan extraña dentro del repertorio de Chrétien de Troyes.

El último capítulo ("El amor cortés: sus caracteres"), es un resumen de las características del amor cortés. Sirve como una introducción breve al tema para aquellos que no son especialistas. Se equivoca Laffitte-Houssat cuando considera que el adulterio era un hecho espiritual y no material. Se equivoca gravemente. Todos los poetas del primer período del amor cortés desean llegar hasta la *consumación física* del acto; basta con leer la mitad de las poesías de G. de Poitiers, de Bernard de Ventadour, de Bertrand de Born. Después sufrió un proceso de "espiritualización", de cambio debido a la influencia de la Iglesia Cristiana que controlaba la tendencia sensual de este tipo de poemas. Pero nació como algo sumamente sexual; ha sido uno de los grandes problemas para entender los orígenes de este tipo de amor, para rechazar algunas teorías que ven su fuente en el culto a la virgen María o la teología de San Bernardo. Al final de este capítulo, también se encuentra una afirmación insostenible que el inspirador de Laffitte-Houssat, el gran historiador Marc Bloch, nunca se hubiera atrevido a enunciar: "Sin forzar los hechos puede sostenerse que el amor cortés nació, así como toda cortesía, en las Cortes de Semor, y en particular en la corte de la condesa de Champagne. Esto ya no es improbable; es enteramente falso.

El valor mayor del libro reside en los capítulos dedicados a la comprobación de la forma de existencia de las cortes de Amor y en la traducción de dos libros de *De Arte Amandi*, de Andreas Capellanus, que es, según tengo entendido, la primera versión al castellano que existe (hay una edición catalana). Trae todos los fallos de las cortes de Amor traducidos y también las reglas del amor, más un resumen de las partes que no se tradujeron. Hasta que no se traduzca completamente la obra de Capellanus, este libro de Laffitte-Houssat resulta imprescindible para los que quieren saber sobre el Amor cortés directamente en sus fuentes y no sepan francés, inglés o provenzal.

La bibliografía es muy incompleta. No hay índice de autores o materias. Ojalá EUDEBA, excelente editorial, se hubiera dedicado a traducir entero el libro de Capellanus, acompañándolo de algún texto realmente digno e interesante, como *Les Troubadours*, de Davenson, publicado en Francia en 1961 y por lo tanto, de mucha más actualidad. Esperemos.

ARIEL DORFMAN